Medicina popular en la Castilla judía y judeoconversa de los siglos XV y XVI.

Huellas de semejanza y contacto con la literatura y el viejo folklore castellano

«Vete lejos, resfriado, hijo del resfriado, que rompes los huesos, que haces pedazos el cráneo, para que la enfermedad pase por las siete aberturas de la cabeza de los seguidores de Ra, que recurres a Thot en oración. Mira, he usado la medicina contra ti... Leche de mujer que ha dado a luz un niño y fragante goma; nos desharemos de ti... Sal de la tierra, púdrete cuatro veces... Leche de mujer que ha dado a luz un niño»[1]. Esta fórmula que tenía que recitar el aquejado por la dolencia del resfriado, contenida en el llamado Papiro de Ebers «el mayor documento de la medicina egipcia», emerge de oscuros milenios como un grito infinitamente lejano de irracionalidad y de claro entendimiento.

En la mayor parte de los textos médicos cuneiformes de Mesopotamia cada enfermedad se explica como castigo divino. Que se cumpliera era la misión de los demonios: Stuk-ku, Alu, Ekimmu, Labartu, Nergal, Namtara —cada uno de ellos personificaba una enfermedad determinada—, y Pazuzu el «engripador», garras en manos y pies, alas de águila —dos caídas a lo largo de los costados y otras dos levantadas—, y rostro repulsivo. Numerosas tablillas de arcilla los nombran atormentando al ser humano cuyo temor lo empujaba hacia los templos:

> «Ashakku, la fiebre, se ha aproximado a la cabeza del hombre.
> Namtaru, el que enferma, se le ha aproximado.
> Utukku, el espíritu malo, lo ha agarrado por el cuello.
> Alu, el diabólico, se ha aproximado a su pecho»[2].

1 Vide J. Torward, *El alba de la Medicina*, Alemania 1968, 50.
2 *Ibid.*, 148.

Universidad Pontificia de Salamanca